

ÁFRICA EN EL URUGUAY



CANDOMBE

Óleo de Pedro Figari

COMO semillas tristes y descujadas llegaron los negros africanos al nuevo mundo. Brutales traficantes los arrancaron del esplendor de sus bosques; barcos de oprobio los trajeron, enfermos, encadenados y hambrientos sobre la salada espalda del Océano; y América los recibió para robarles su libertad por muchas generaciones, para dedicarlos a las tareas más duras, para castigar con azotes sus faltas más pequeñas, para olvidar sus derechos humanos y sus valores espirituales.

Felizmente en el Uruguay no se practicaba la agricultura que tantos servidores de color ébano requirió en las regiones cálidas del continente. El Uruguay, entonces llamado la Banda Oriental, era ganadero, como lo sigue siendo hoy, y el negro no fue destinado a los trabajos pecuarios que requerían pocos y muy hábiles peones, sino a la servidumbre urbana, a las tareas domésticas, al servicio de las grandes familias coloniales.

De este modo, el centro de la "africanería" en nuestra patria fue Montevideo que, en ciertas épocas, llegó a poseer un tercio de su población constituido por negros.

El Montevideo colonial, durante el periodo de la esclavitud, y el Montevideo patricio, antes y después de la liberación de los esclavos, fue estremecido por la ráfaga

pintoresca de los candombes; por el hechizo sonoro, aún subsistente, de los tamboriles; por la influencia de un alma distinta a la nuestra, atada todavía al árbol milenario de los misterios de la selva y poseída por el delirio de los ritmos musicales.

El español era grave y mesurado; el indio, melancólico y sombrío; el negro, en cambio, trajo, como herencia de las cálidas tierras, su espíritu supersticioso, su alegría comunicativa, sus danzas vehementes, sus mascaradas ruidosas. Su presencia derramó gotas de sebo ardiente en la blanca monotonía del paisaje urbano; las calles hirvieron con su bullicio y los "salones" y "canchas" crepitaron al compás de las "calendas" y los "candombes", sus danzas preferidas.

Los bailes de los negros recrudecían durante las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes. Hacia el año 1880 dichas celebraciones y festejos alcanzaron su más jubilosa expresión. Se vestían los negros de frac y galera, cubrían sus pechos medallas y espejitos, y algunos, cubriéndose el rostro con barbas artificiales, remedaban a los viejos tembleques, rengos y encorvados; las negras, a su vez, ornamentadas con polleras de colores vivos y cintas, los acompañaban pomposamente; y todos, hombres y mujeres, en larga fila, marchaban tras el "Rey" de los CONGOS o ANGOLAS, que

encabezaba la procesión por ser su grupo el más numeroso dentro de la ciudad.

Iban los negros rumbo a la Iglesia Matriz, a celebrar la misa del Rey Baltasar, su moreno y bíblico antepasado. Una vez finalizada ésta se divertían de manera estruendosa. Un "juez" o maestro de ceremonias, dirigía su bullanguero paso por las calles, y una vez llegados a los salones, un "ministro" o "bastonero" era el encargado de organizar los bailes. El "bastonero", empuñando un bastón de mando, similar al de los reyezuelos o brujos africanos, presidía las vociferantes rondas.

—Oyé·yé, — gritaba.

—Yum·ban·bé, — le respondían los bailarines al unísono, y sus movimientos se hacían más rápidos y entusiastas.

En el Brasil, los negros, muy numerosos, han ejercido una gran influencia en las costumbres y creencias, transplantando leyendas, tradiciones y religiones africanas. En el Uruguay no sucedió lo mismo, porque el número de esclavos fue mucho más reducido, y sobre todo, porque pertenecían al área "bantú", menos rica en elementos religiosos que la "gogé·nagó".

Sin embargo, la influencia del negro no ha sido borra-

da por el paso de los siglos. Las leyendas del lobizón, del negrito del pastoreo y las travesuras de mandinga, el diablo africano, han sobrevivido en el regazo del campo uruguayo; la música negra perdura en los motivos populares y, sobre todo, nuestro lenguaje guarda palabras de origen negro tales como bombo, batuque, bujía, cachimba, cafúa, candombe, mucama, quitanda, tarumba, zambomba, dengue, malambo, marimba, matungo, milonga, etc.

En el Uruguay no existen persecuciones raciales ni menosprecio por el negro. Posee éste virtudes que la historia recordará siempre. Ansina, el compañero de Artigas en el destierro, simboliza la proverbial fidelidad de su raza. El pardo Luna, que se vendió como esclavo para ayudar a Rivera, encarna la devoción del alma negra. Y todos los negros, alegres, sonrientes y gentiles, que habitan hoy nuestra patria, tratan de engrandecerla con su trabajo honesto, con su sano afán deportivo, con sus costumbres pacíficas y sencillas.

En el Uruguay, blancos y negros somos hermanos. Una misma bandera nos cobija, una misma tradición nos une y una misma fe en el porvenir nos alienta.

Daniel D. Vidari



DOBLE BODA

Óleo de Pedro Figari